La calle sin nombre

Rafael Alizo

Capítulo 1

En la calle sin nombre no hay mucho qué decir. Solo hay frío y un poco de soledad. Desesperación.

No es que no tenga nombre, en algún momento lo tuvo, antes de todo el fuego y guerra que solo dejó como resultado nieve y olvido.

La mano de Ellie está fría, ha sido sumamente complicado el tratar de explicarle todo esto en tan poco tiempo. Sé que no vale la pena en reparar con cuestiones tales como las distintas ideologías, las múltiples religiones o profundizar en lo que es la política como tal; a los cinco años acaso puedes saber más de diez colores.

Pude conseguir los trajes más abrigados, restos de compañeros cuya excusa de su desaparición hacia Ellie fue que simplemente *fueron a dar un paseo*. En medio de esas caminatas debe estar su madre y su hermano. Los grupos que protegían a los animales fueron (irónicamente) los primeros en lanzarse contra ellos para obtener sus pieles y así poder abrigarse de este helado infierno.

La ironía es otro de los términos que ya no tienen cabida en este mundo.

El agua solo está en forma de escarcha cayendo del cielo, los árboles son cosas que pueden pasar por figuras abstractas de mejores tiempos si haces un dibujo de ellos ahora. Los animales ahora somos nosotros, y en mí… en nuestra marcha para sobrevivir nos hemos encontrado con animales que perdieron la poca humanidad que les quedaba. Eso costó la vida de muchos.

Siempre veía en la televisión historias sobre mundos después de un apocalipsis, donde el protagonista siempre vencía y obtenía el agua. Bueno, no siempre, casi siempre moría y dejaba a alguien más en una especie de cliffhanger atroz causando incertidumbre asesina. Parece que Ellie era la protagonista de esta historia.

La trato de calentar, pero ella solo mueve la mandíbula en un clic-clac parecido al de los esqueletos danzantes de las caricaturas de mis tatarabuelos. Y pensar que todo fue por esa maldita píldora, de haberlo sabido antes, el idiota del laboratorio la hubiera quemado, dejándoles el sufrimiento a las personas de miles de años en el futuro. Maldita sea.

Toqueteo la mejilla de Ellie y trato de que reaccione, pongo caras y gestos cómicos para no hacerla dormir. Le cuento otras de las historias que a ella tanto le gustan.

Una sobre un parque, una calle y gente paseando alrededor de todo ello, es decir, un festival de términos muertos, que serán borrados de la faz de la tierra igual que aquellos que los inventaron. La diversión era el pan de cada día de los jóvenes infantes, que no sabían que de un momento para otro todo iba a terminar trágicamente, sin poder vislumbrar un retazo de algún hipotético futuro.

No me importa el destino, en cuanto Ellie esté conmigo. Pero ahora, lo único que puedo hacer por ella es contarle historias para alegrarle sus últimos suspiros. Aunque quiera, no puedo llorar, las lágrimas quemarían mi de por sí demacrado rostro gris.

En una zanja, yace ahora el cuerpecito sin vida de una infante que pudo llegar más lejos que otros, sin ningún familiar vivo que la acompañe con unas últimas palabras. Duerme rodeada de un conjunto sin fin de términos muertos, en una calle sin nombre.

¿Yo? Yo camino aún.

Solo. En la nieve.